



ANA  
LA DE TEJAS VERDES  
*Lucy Maud Montgomery*

Traducción de Ángela Esteller



Duomo ediciones

Maquetación y adaptación de cubierta: Endoradisseny

Título original: *Anne of The Green Gables*

Autora: Lucy Maud Montgomery

© 2020, de la traducción, Ángela Esteller García.

ISBN: 978-84-18128-95-0

Código IBIC: YF

Depósito legal: B 19.412-2020

© de esta edición, 2020 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: noviembre de 2020

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*Las buenas estrellas se encontraron en tu horóscopo  
y te hicieron todo espíritu, fuego y rocío.*

BROWNING

*A la memoria de mi padre y de mi madre.*



## Capítulo 1

# La señora Rachel Lynde se lleva una sorpresa

La señora Rachel Lynde vivía justo donde la carretera principal de Avonlea se adentraba en una pequeña hondonada, punteada con alisos y fucsias, por la que discurría un arroyo que nacía en los bosques de la vieja propiedad de los Cuthbert. El arroyo era conocido por ser revuelto y rápido en su primer tramo, con cascadas que desembocaban en sombríos y ocultos remansos. Sin embargo, cuando llegaba a la hondonada donde vivían los Lynde, ya se había convertido en un pequeño riachuelo tranquilo y de cauce regular. Y es que ni siquiera un arroyuelo podía pasar por delante de la puerta de la señora Rachel Lynde sin tener debidamente en cuenta las normas básicas de la decencia y el decoro. Era como si el agua fuera consciente de que la señora Rachel estaba sentada detrás de la ventana con un ojo puesto en todo lo que pasaba por allí, desde riachuelos hasta niños, y, de notar algo extraño o fuera de lugar, no descansaría hasta averiguar el porqué.

En Avonlea, como ocurre en muchos otros lugares, hay gente capaz de desatender sus propios asuntos para dedicarse

con tesón a los de su vecino. La señora Rachel era del tipo de personas capaz de ocuparse al mismo tiempo de sus cosas y, por si fuera poco, de las de los otros. Era una ama de casa notable. El trabajo siempre estaba hecho y bien hecho. Dirigía el Club de Costura, ayudaba en la catequesis y era la principal valedora de la Sociedad de Ayuda a la Iglesia y a las Misiones Extranjeras. Sin embargo, pese a todas aquellas ocupaciones, la señora Rachel todavía encontraba tiempo para sentarse durante horas frente a la ventana de su cocina, tejiendo colchas de urdimbre de algodón —ya había tejido dieciséis, como solían decir con voz de asombro el resto de las amas de casa de Avonlea—, mientras vigilaba atentamente el camino principal que atravesaba el valle y serpenteaba por la empinada colina. Dado que Avonlea ocupaba una pequeña península con forma triangular y rodeada de agua a ambos lados que se adentraba en el golfo de San Lorenzo, cualquiera que saliera o entrara en ella tenía que tomar la carretera de la colina y sufrir el tormento de la atenta mirada de la señora Rachel.

Allí estaba sentada una tarde de principios del mes de julio. Los rayos de sol entraban por la ventana, cálidos y brillantes; el huerto de la ladera sobre la que se había erigido la casa lucía una explosión de flores blancas y rosadas, y sobre él zumbaban una miríada de abejas.

Thomas Lynde, un hombrecillo sumiso a quien la gente de Avonlea conocía como «el marido de Rachel Lynde», estaba esparciendo semillas de nabo tardío en el campo situado en la colina justo detrás del granero. Y Matthew Cuthbert debería haber estado sembrando el suyo en el gran campo rojo del arroyo, junto a Tejas Verdes. La señora Rachel sabía que eso era lo que tenía que hacer porque, la noche anterior, en la tienda de William J. Blair, en Carmody, había oído cómo le decía a Peter Morrison que tenía la intención de sembrar sus

semillas de nabo la tarde siguiente. Por supuesto, se lo había preguntado Peter, porque Matthew Cuthbert no era conocido por dar información así como así sobre cualquier cosa.

Y, sin embargo, allí estaba Matthew Cuthbert, a las tres y media de la tarde de una jornada de trabajo, conduciendo plácidamente por la hondonada colina arriba; es más, iba ataviado con su traje de los domingos, lo que era una prueba clara de que pensaba salir de Avonlea, y conducía el carruaje y la yegua alazana, lo que presagiaba que la distancia que recorrería era considerable. Pero ¿adónde iba Matthew Cuthbert y por qué?

De haber sido cualquier otro hombre de Avonlea, la señora Rachel habría atado algunos cabos y podría haber dado respuesta a las dos preguntas. Pero Matthew apenas abandonaba su casa, lo que significaba que debía de tratarse de un asunto urgente e inusual. Era el hombre más tímido sobre la faz de la Tierra, y odiaba tener que verse con extraños o ir a lugares donde tuviera que entablar conversación. El hecho de que Matthew fuera vestido de punto en blanco y condujera su carruaje era algo que no se veía a menudo. Por más que reflexionó, la señora Rachel no pudo sacar nada en claro, y aquello le estropeó la tarde.

—Me acercaré hasta Tejas Verdes después del té a ver si Marilla me cuenta dónde ha ido y por qué —decidió por fin la respetable señora—. Normalmente no sale de la aldea en esta época del año y nunca nunca visita a nadie. De haberse quedado sin semillas, no se habría vestido así y no habría cogido el carruaje. E iba muy despacio para ir a buscar al médico. Pero algo ha tenido que suceder. Estoy completamente perpleja. No pararé hasta que no sepa qué se trae entre manos.

Así que, tal como había pensado, después de tomar el té, la señora Rachel se puso en marcha. No tenía que ir muy lejos:



la casa llena de rincones y recovecos y rodeada de huertos que habitaban los Cuthbert estaba a apenas un kilómetro y medio de distancia de la hondonada de los Lynde, aunque el largo sendero cuesta arriba hacía que pareciera mucho más lejos. Cuando fijó su residencia, el padre de Matthew Cuthbert, igual de tímido y silencioso que el hijo, se había alejado tanto como había podido de sus vecinos sin llegar a retirarse a los bosques. Había construido Tejas Verdes en los confines de sus tierras y allí seguía, apenas visible desde el camino principal donde se situaban con gran sentido de la sociabilidad el resto de las casas de Avonlea. La señora Rachel Lynde no consideraba que vivir en aquel lugar fuera vivir de verdad.

—Solo es habitar, eso es lo que es —se dijo al pisar el viejo sendero cubierto de hierba y flanqueado por rosales silvestres—. No me extraña que Matthew y Marilla sean tan raros, viviendo como viven de aislados. Los árboles no dan mucha compañía, aunque quizá a ellos les baste con eso. Yo prefiero mirar a la gente. Evidentemente, parecen contentos, aunque supongo que será por la costumbre. Como se suele decir, el hábito hace al monje.

Tras estos pensamientos, la señora Rachel abandonó el sendero y se adentró en el jardín trasero de Tejas Verdes, que era muy verde y estaba muy bien dispuesto y limpio, con grandes sauces a un lado y estirados chopos al otro. No se veía ni un palo ni una piedra, y de haberlas habido, la señora Rachel se habría dado cuenta. La señora Rachel sospechaba que Marilla Cuthbert barría aquel jardín tan a menudo como barría su casa. De haberlo deseado, se habría podido comer en el suelo.

La señora Rachel dio unos elegantes golpecitos en la puerta de la cocina y entró cuando la invitaron a hacerlo. La cocina de Tejas Verdes era una estancia alegre, o lo habría sido de no ser por estar tan dolorosamente limpia como para dar la

impresión de no usarse nunca. Sus ventanas daban al este y al oeste. Por la que miraba hacia el oeste, hacia el jardín trasero, entraba la suave luz de junio. Pero la que daba al este, desde la que se podían admirar las flores blancas de los cerezos en el huerto y los esbeltos abedules, cuyas copas se movían al viento junto a la hondonada del arroyo, despedía tonos verdes a causa de una maraña de hiedra. Allí solía sentarse, cuando lo hacía, Marilla Cuthbert, siempre evitando de alguna manera los rayos del sol, los cuales le parecían demasiado juguetones e irresponsables para la seriedad con la que debía tomarse el mundo. Y allí la encontró la señora Rachel, tejiendo y con la mesa tras ella ya dispuesta para la cena.

Antes de cerrar la puerta, la señora Rachel ya había tomado nota mental de todos los objetos sobre la mesa. Había tres platos, por lo que dedujo que Marilla debía de estar esperando que Matthew regresara acompañado. Pero eran platos de diario, y solo había mermelada de manzana agria y un tipo de pastel, por lo que dedujo que la compañía que se esperaba no debía ser extraordinaria. Entonces, ¿a qué venían las galas de Matthew y la yegua alazana? La señora Rachel no entendía nada de aquel misterio, tan poco habitual en la casa tranquila y poco misteriosa de Tejas Verdes.

—Buenas tardes, Rachel —dijo Marilla enérgicamente—. Qué tarde tan buena, ¿verdad? ¿Quieres sentarte? ¿Qué tal estáis?

Entre Marilla Cuthbert y la señora Rachel existía desde siempre algo que, a falta de otro nombre, podía llamarse amistad, a pesar —o quizá a causa— de que las dos mujeres eran muy diferentes.

Marilla era una mujer alta y delgada, angulosa y sin curvas. Su cabello oscuro dejaba ver algunas canas y siempre lo llevaba recogido en un pequeño y apretado moño que sostenía con dos horquillas clavadas sin piedad. Parecía, y lo era,

una mujer de mente estrecha y conciencia rígida. Pero algo apenas imperceptible en el rictus de su boca indicaba cierto sentido del humor.

—Nosotros estamos bastante bien —dijo la señora Rachel—. Sois vosotros los que me preocupáis. Hoy he visto pasar a Matthew con el coche y he pensado que igual iba a buscar al médico.

Marilla hizo una mueca comprensiva. Por supuesto, esperaba la visita de la señora Rachel. Sabía que si veía a Matthew partiendo tan inesperadamente, no podría soportar la curiosidad.

—Oh, no, estoy bien, aunque ayer tuve una jaqueca horrible —respondió—. Matthew ha ido a Bright River, a recoger a un niño procedente de un orfanato en Nueva Escocia que llega en el tren de esta tarde.

Si Marilla hubiese dicho que Matthew había ido a Bright River a recoger un canguro que llegaba de Australia, la señora Rachel no se habría sorprendido tanto. De hecho, durante cinco segundos enmudeció. Aunque no veía posible que Marilla se estuviese riendo de ella, la señora Rachel casi se sintió inclinada a creerlo.

—No lo dirás en serio, ¿verdad, Marilla? —preguntó cuando recobró la voz.

—Sí, por supuesto —dijo Marilla, como si lo de acoger niños de orfanatos de Nueva Escocia, en lugar de ser una novedad inaudita, formara parte de las tareas primaverales de cualquier granja de Avonlea.

La señora Rachel sintió que había recibido una fuerte impresión y sus pensamientos empezaron a formarse con signos exclamatorios. ¡Un niño! ¡Marilla y Matthew Cuthbert adoptando un niño! ¡De un orfanato! ¡El mundo se estaba volviendo loco! ¡Después de aquello, ya nada podría sorprenderla! ¡Nada!

—¿Y se puede saber quién os ha metido esa idea en la cabeza? —preguntó con tono de desaprobación.

Nadie le había pedido consejo en todo aquel asunto y, por tanto, no debía mostrarse a favor.

—Bueno, lo hemos estado pensando durante un tiempo..., de hecho, durante todo el invierno —explicó Mari-lla—. La señora de Alexander Spencer se pasó por aquí un día antes de Navidad y nos dijo que en primavera le enviarían a una niña del orfanato de Hopeton. Su prima vive allí, y la señora Spencer lo ha visitado y sabe cómo funciona. Así que Matthew y yo lo hablamos y nos decidimos por un chico. Ya sabes que Matthew se está haciendo mayor. Ya ha cumplido los sesenta, y no está tan ágil como antes. Tiene que cuidarse el corazón. Y ya sabes lo difícil que resulta contratar a alguien. Nadie se presta, excepto algún estúpido muchacho a medio desarrollar. Y tan pronto como consigues que se acostumbre y aprenda algo, se marcha a las fábricas de conservas de langostas o a los Estados Unidos. Al principio, Matthew sugirió un chiquillo de Inglaterra, pero yo me negué rotundamente. Le dije: «Puede que sean buenos chicos, no estoy diciendo que no, pero nada de vagabundos londinenses. Al menos, que sea de aquí. Correremos un riesgo, seguro, pero me sentiré más cómoda y dormiré mejor por las noches si es canadiense». Así que al final decidimos pedirle a la señora Spencer que, cuando fuera a recoger a su pequeña, nos trajera un muchacho. La semana pasada supimos que iría y le mandamos una nota a través de los familiares de Richard Spencer en Carmody para que nos trajera un niño de diez u once años a poder ser. Resolvimos que esa sería la mejor edad: lo bastante mayor para ayudarnos en algunas tareas y lo bastante joven como para poder educarlo. Pensamos darle casa y educación. Hoy el cartero nos ha traído un telegrama de la señora Spencer directamente de la estación diciéndonos que llegan en el

tren de las cinco y media de la tarde. Así que Matthew ha ido a Bright River. La señora Spencer, que continúa hasta White Sands, lo dejará en la estación.

La señora Rachel se enorgullecía de decir siempre lo que pensaba, así que empezó a hablar, ajustando su comportamiento a aquellas sorprendentes noticias.

—Mira, Marilla, te voy a decir claramente lo que pienso. Pienso que estáis cometiendo un terrible error; es más, que os estáis arriesgando. No sabéis qué os va a tocar. Vais a dejar entrar a un chiquillo extraño en vuestro hogar y no sabéis nada de él, ni qué carácter tiene, ni los padres que tuvo ni en qué se convertirá. La semana pasada sin ir más lejos leí en el periódico que un matrimonio del oeste de la isla adoptó a un niño del orfanato que les incendió la casa a propósito, Marilla, y casi ardieron en su propia cama. Y conozco de otro caso de un muchacho adoptado que le dio por sorber huevos, y no hubo manera de quitarle la costumbre. De haberme pedido consejo, algo que no hiciste, Marilla, te habría dicho que por el amor de Dios te olvidarás de la idea. Eso es lo que te habría dicho.

Aquellas palabras no parecieron ni ofender ni alarmar a Marilla, que siguió tejiendo.

—No te digo que no lleves razón, Rachel. Yo misma he tenido mis dudas y preocupaciones. Pero Matthew parecía firmemente decidido, así que cedí. Es tan raro que Matthew se empecine en algo que, cuando lo hace, siempre siento que es mi obligación ceder. Y en lo que respecta a los riesgos, siempre los hay. Hay riesgos en tener hijos propios, y no siempre resultan en lo que los padres esperaban. Y Nueva Escocia está justo aquí al lado. No es que venga de Inglaterra o de los Estados Unidos. No puede ser muy distinto de nosotros.

—Bueno, espero que todo salga bien —dijo la señora Rachel en un tono que indicaba claramente sus dudas—, pero

si incendia Tejas Verdes o echa estricnina en el pozo no digas que no te lo advertí. Oí un caso en New Brunswick de un huérfano que hizo esto último y toda la familia murió tras una horrible agonía. Solo que en aquella ocasión fue una niña.

—Bueno, en nuestro caso no será una niña —objetó Marilla, como si el envenenar pozos fuera una tarea exclusivamente femenina y que, por tanto, quedaba fuera de consideración en el caso de un niño—. Ni me planteo en criar a una niña. Me maravilla que la señora de Alexander Spencer lo haga. Aunque la verdad es que ella no dudaría en adoptar a todo el orfanato si la idea le cruzara por la mente.

A la señora Rachel le habría encantado quedarse hasta que Matthew regresara con el huérfano. Sin embargo, pensó que quizá tendría que esperar dos horas largas y decidió ir a casa de Robert Bell a contarles la nueva. Le encantaba ser la primera en explicar las cosas, y aquella causaría sensación. Así que se marchó, para alivio de Marilla, que había sentido cómo sus dudas e inquietudes revivían bajo la influencia pesimista de la señora Rachel.

—¡Vaya, vaya! ¡Por el amor de Dios! —exclamó la señora Rachel cuando estuvo de vuelta en el sendero y ya nadie podía oírla—. Si hasta parece que lo esté soñando. Bueno, pues lo siento mucho por el pequeño y no me equivoco. Matthew y Marilla no saben nada de criar a niños y confían en que será el más inteligente y juicioso, si es que tiene cerebro, lo que es dudoso. ¡Y pensar que va a haber un niño en Tejas Verdes! Jamás ha habido uno allí. Matthew y Marilla ya tenían cierta edad cuando la familia construyó la nueva casa. Y cuesta creer que ellos mismos hayan sido niños alguna vez. ¡Pobre huérfano! No me gustaría nada estar en su lugar...

La señora Rachel dijo todo aquello a los rosales silvestres desde lo más profundo de su corazón, pero de haber visto a

la criatura que esperaba pacientemente en la estación de Bright River en aquel preciso momento, su compasión todavía habría sido más profunda y sentida.

## Capítulo 2

# Matthew Cuthbert se lleva una sorpresa

**M**atthew Cuthbert y la yegua alazana recorrieron tranquilamente los más de doce kilómetros que separaban Avonlea de Bright River. Era un trayecto bonito, que discurría entre granjas acogedoras, relajantes bosquecillos de abetos y un valle repleto de ciruelos en flor. En el aire flotaba el aroma de los manzanos, los prados se perdían en la distancia hasta convertirse en brumas de color nacarado y púrpura, y los pajaritos cantaban como si fuera el único día de verano del año.

Por su carácter, Matthew disfrutaba del paseo, excepto cuando se cruzaba con algunas lugareñas y tenía que saludarlas con un movimiento de cabeza, como era costumbre saludar en Isla del Príncipe Eduardo cuando te topabas con otra persona en el camino, tanto si era conocida como desconocida.

Matthew temía a todas las mujeres, excepto a Marilla y a la señora Rachel. Sentía la incómoda sensación de que aquellas misteriosas criaturas se reían de él. Y no iba mal encaminado, porque resultaba un personaje extraño, de figura desgarbada,



con unos cabellos canosos y largos que le llegaban hasta los hombros encorvados y una barba castaña y poblada que llevaba desde que había cumplido veinte años. De hecho, tenía la misma apariencia a los veinte que a los sesenta, excepto por las canas.

Cuando llegó a Bright River, no vio señal alguna de tren y pensó que había acudido demasiado pronto, de manera que ató el caballo en el patio del pequeño hotel junto a la estación y se dirigió hacia allí. El largo andén parecía desierto, excepto por una niña que estaba sentada sobre un montón de tejas en el extremo opuesto. Matthew, al ver que era una niña, pasó por delante de ella tan rápido como pudo y sin mirarla. De haberlo hecho, podría haber advertido lo atento de su expresión y actitud. Estaba allí sentada, esperando algo o a alguien, y como lo único que podía hacer en aquel momento era sentarse y esperar, así lo había hecho, poniendo todos sus sentidos en dicho empeño.

Matthew fue al encuentro del jefe de estación, que estaba cerrando la taquilla y a punto de irse a su casa a cenar, y le preguntó cuánto faltaba para que llegara el tren de las cinco y media.

—El tren de las cinco y media ha venido y se ha ido hace media hora —respondió el enérgico funcionario—. Pero un pasajero preguntó por usted; una niña. Está sentada allí, sobre aquellas tejas. Le sugerí que esperara dentro, pero me contestó muy seria que prefería quedarse afuera. «Hay más campo para la imaginación», me soltó. Qué niña...

—No estoy esperando a una niña —dijo Matthew inexpresivamente—. Yo he venido a por un chico. Y ya debería haber llegado. La señora de Alexander Spencer tenía que traérmelo desde Nueva Escocia.

El jefe de estación lanzó un silbido.

—Pues debe de haber algún error —dijo—. La señora

Spencer se apeó del tren con esa muchacha y la dejó a mi cargo. Me comentó que usted y su hermana iban a darle cobijo y que pasarían a recogerla. No sé nada más al respecto, y no tengo más huérfanos escondidos por los alrededores.

—No entiendo nada —dijo Matthew con una expresión de impotencia y esperando que Marilla estuviera allí para lidiar con aquella situación.

—Bueno, será mejor que le pregunte a la muchacha —respondió despreocupadamente el jefe de estación—. Estoy seguro de que se lo explicará. Habla por los codos. Quizá se les habían acabado el tipo de muchachos que ustedes pidieron.

El jefe de estación, que tenía mucha hambre, se apresuró a marcharse y el pobre Matthew tuvo que enfrentarse a una tarea en terreno contrario que le parecía muy complicada: caminar hasta una muchacha, una desconocida, una huérfana, y preguntarle por qué no era un chico. Matthew refunfuñó para sus adentros, se volvió y recorrió lentamente el andén.

La muchacha, que había estado observándolo desde que había pasado ante ella, lo miraba fijamente. Matthew no la miraba, y aunque lo hubiera hecho, tampoco la habría visto. Sin embargo, un observador común habría reparado en lo siguiente: se trataba de una chiquilla de unos once años, ataviada con un vestido de color amarillo ceniza muy feo, muy pequeño y que le iba muy ajustado. Llevaba un sombrero de paja de un desteñido color marrón y de él asomaban dos gruesas trenzas de un vivo pelirrojo que le bajaban por la espalda. Tenía el rostro pequeño, delgado, y también lleno de pecas; la boca era grande, y también sus ojos, que, según cómo recibían la luz, parecían verdes o grises. Todo esto, para un observador común. Un observador extraordinario habría notado que el mentón era pronunciado, que los grandes ojos estaban llenos de viveza y energía, que tenía unos labios expresivos y suaves, y que era de frente ancha. En resumen,

nuestro extraordinario y perspicaz observador habría deducido que aquel ser, aquella muchacha extraviada a la que tan ridículamente temía el tímido Matthew Cuthbert, no albergaba un alma vulgar.

Matthew, sin embargo, se libró del trance de tener que ser el primero en pronunciar palabra, pues tan pronto ella dedujo que venía a buscarla, se puso en pie, levantó con una mano su desvencijada y vieja maleta, y tendió la otra para saludarlo.

—Usted debe ser Matthew Cuthbert, de Tejas Verdes —dijo con una voz dulce y extrañamente segura—. Me alegro mucho de verlo. Ya empezaba a pensar que no vendría a por mí y me imaginaba qué habría podido ocurrirle. Había decidido que, si no venía, recorrería el sendero hasta ese enorme cerezo silvestre de la curva y treparía a él para pasar la noche. No me habría dado miedo, y habría sido maravilloso dormir sobre un cerezo silvestre, con todas sus flores blancas bañadas por la luz de la luna, ¿no cree? Habría sido como si paseara por los salones de mármol de un palacio, ¿a que sí? Además, estaba segura de que, si no aparecía hoy, vendría a recogerme mañana.

En aquel preciso momento, Matthew, que había estrechado la pequeña y huesuda mano con incomodidad, decidió qué hacer. Era incapaz de decirle a aquella criatura de ojos brillantes que se había producido un error. La llevaría a casa y dejaría que Marilla se encargara de eso. Fuera cual fuera el error, no podía dejarla allí, en Bright River, así que todas las preguntas y explicaciones podían esperar hasta estar de regreso a Tejas Verdes.

—Siento haberme retrasado —dijo con timidez—. Vamos, tengo el carruaje en el patio. Dame tu maleta.

—Oh, puedo llevarla yo misma —respondió alegremente la niña—. No pesa mucho. Llevo en ella todas mis posesiones y bienes terrenales, pero es ligera. Es mejor que la lleve yo.

Si no se coge como yo sé, el asa se sale. Es una maleta muy vieja... Me alegro de que haya venido, señor Cuthbert, aunque también habría sido precioso poder dormir en el cerezo silvestre. Tenemos que recorrer un largo trecho, ¿verdad? La señora Spencer me dijo que serían unos doce kilómetros. Pero a mí no me importa porque me encanta ir en coche de caballos. Es maravilloso que vaya a vivir con ustedes y convertirme en un miembro de su familia. Jamás he tenido familia; bueno, no una de verdad. Aunque el orfanato fue lo peor. Solo estuve cuatro meses, pero fue suficiente. Usted no hace pinta de haber sido huérfano, así que no puede imaginarse cómo es. Es mucho peor de lo que piensa. La señora Spencer decía que era mala por decir eso, pero no lo soy. Es tan fácil ser malo sin darse cuenta... ¿Sabe? La gente del orfanato era buena. ¡Pero hay tan poco campo para la imaginación en un orfanato! Solo había otros huérfanos. Resultaba interesante imaginarse cosas sobre ellos. Por ejemplo, me imaginaba que la niña a mi lado era la hija de un conde, que había sido secuestrada de pequeña por una cruel niñera que había muerto antes de confesar su crimen. En el orfanato, por las noches, acostumbraba a quedarme despierta imaginando este tipo de cosas, porque durante el día no tenía tiempo. Supongo que por eso estoy tan delgada. ¿Verdad que estoy muy delgada? Soy un palo. Lo que más me gusta imaginar es que soy bonita y estoy rellenita, con hoyuelos en los codos.

Tras aquellas palabras, la acompañante de Matthew dejó de hablar, en parte porque se había quedado sin respiración, en parte porque habían llegado al carruaje. No volvió a pronunciar palabra alguna hasta que salieron del pueblo y empezaron a descender por un empinado cerro en el que el camino había penetrado tanto en la tierra que las orillas, cubiertas de cerezos silvestres en flor y de abedules, se alzaban varios centímetros por encima de sus cabezas.

La niña sacó la mano y cogió una rama de un ciruelo silvestre que rozaba el costado del vehículo.

—¿No es hermoso? ¿En qué le hace pensar aquel árbol de ahí, todo blanco y lleno de flores? —preguntó.

—Bueno... No sé... —respondió Matthew.

—Pues en una novia, por supuesto, una novia toda vestida de blanco con un hermoso velo vaporoso. Jamás he visto a una novia, pero puedo imaginarla. Yo no espero convertirme en una. Soy tan fea que nadie querrá casarse conmigo, a menos que sea un misionero de tierras lejanas. Supongo que un misionero no debe de tener muchas manías. En cambio, sí espero tener algún día un vestido blanco. Ese es mi ideal de felicidad. Me gusta la ropa bonita, y por lo que puedo recordar, jamás la he tenido, así que es algo a lo que puedo aspirar, ¿no cree? Así que imagino que voy vestida de forma deslumbrante. Esta mañana, cuando he dejado el orfanato, me he sentido terriblemente avergonzada por llevar este horrible vestido de lana. ¿Sabe? Todas las huérfanas van vestidas así. El invierno pasado, un comerciante de Hopetown donó trescientos metros de esta tela al orfanato. Algunos dijeron que fue porque no la pudo vender, pero yo creo que su intención era buena, ¿no le parece? Cuando subimos al tren, sentí que todos me miraban y se apiadaban de mí. Pero entonces me puse a soñar e imaginé que llevaba un vestido de seda azul cielo, el más hermoso del mundo, porque cuando uno imagina cosas, tiene que hacerlo a lo grande, ¿sabe?, y que también llevaba un gran sombrero de flores y plumas, y un reloj de oro, y guantes y botas de cabritilla. Enseguida me puse contenta y pude disfrutar del viaje con todo mi corazón. Ni siquiera me mareé en el trayecto en barco, y la señora Spencer tampoco, aunque suele hacerlo. Me dijo que no había tenido tiempo de marearse porque estaba demasiado pendiente de que no me cayera por la borda y que no había conocido nunca a na-

die tan inquieto. Aunque si, al final, con ello he evitado que se maree, pues mejor, ¿a que sí? Yo lo que quería era mirar lo que se ve desde un barco porque... ¿cuándo tendré otra oportunidad para hacerlo? ¡Oh, allí hay más cerezos en flor! Esta isla es el lugar con más flores del mundo. Ya estoy enamorada de este lugar y me hace muy muy feliz venir a vivir aquí. Siempre he oído que Isla del Príncipe Eduardo era el lugar más hermoso de la Tierra y yo solía imaginar que vivía aquí, pero jamás confié en que mi sueño se hiciera realidad. Es fantástico cuando eso ocurre, ¿no cree? Aunque los senderos de color rojo son tan raros... Cuando subimos al tren en Charlottetown y empezaron a aparecer caminos rojos, le pregunté a la señora Spencer por qué eran tan rojos, y ella dijo que no lo sabía y que no hiciera más preguntas. Dijo que ya le había hecho más de mil. Supongo que no le faltaba razón, pero ¿cómo se supone que vas a saber las cosas si no preguntas? ¿Y por qué los caminos son tan rojos?

—Bueno, lo cierto es que no lo sé —dijo Matthew.

—Pues habrá que encontrarle respuesta a esa pregunta algún día. ¿No es maravilloso pensar en todas las cosas que nos quedan por saber? Me da ganas de vivir. ¡Es un mundo tan interesante! Si lo supiéramos todo, sería la mitad de interesante, ¿a que sí? No habría campo para la imaginación. ¿Hablo demasiado? La gente siempre me dice que lo hago. ¿Quiere que me calle? Lo haré si me lo pide. Puedo callarme si me lo propongo, aunque me cuesta muchísimo.

Para su sorpresa, Matthew se estaba divirtiendo. Como la mayoría de la gente callada, se encontraba a gusto rodeado de gente habladora que deseaba llevar la batuta de la conversación, sin esperar que su interlocutor participara en ella. Aunque jamás había pensado que una niña lo divertiría tanto. Las mujeres no le gustaban, y mucho menos las chiquillas. No soportaba la manera en la que pasaban a su lado,

mirándolo de reojo como si temieran que fuera a engullirlas de un bocado si se atrevían a dirigirle la palabra. Al menos, así se comportaban las niñas con educación en Avonlea. Pero aquella brujita pecosa era muy distinta, y aunque le resultaba algo difícil seguir sus ágiles pensamientos, disfrutaba con la charla. De manera que, con su acostumbrada timidez, le dijo:

—Oh, puedes hablar todo lo que quieras. No me importa.

—Estoy segura de que usted y yo vamos a llevarnos muy bien. Es un alivio poder hablar cuando a una le apetece y que nadie te diga eso de «Los niños, oír y callar». Me lo han dicho un millón de veces, y la gente se ríe de mí porque utilizo palabras largas. Pero si una tiene ideas grandes, necesita palabras largas para expresarlas, ¿no cree?

—Bueno, sí. Eso me parece lógico —dijo Matthew.

—La señora Spencer dijo que tendría que morderme la lengua, pero no pienso hacerlo. También dijo que su finca se llamaba Tejas Verdes. Le pedí que me lo explicara todo. Y me dijo que está rodeada de árboles, lo que me alegró muchísimo. Me encantan los árboles, y en el orfanato no había, excepto un par de enclenques y miserables en la parte delantera metidos dentro de unos palos pintados de blanco. También parecían huérfanos, de verdad. Me entraban ganas de llorar solo de verlos. Solía decirles: «Pobrecitos, si estuvierais en el bosque, con otros árboles, con el musgo y la hiedra creciendo a vuestro alrededor y con el arroyo no muy lejos y los pájaros posados en vuestras ramas y cantando, podríais crecer, ¿verdad? Pero aquí donde estáis no podéis. Sé exactamente cómo os sentís, arbolitos». Ha sido triste despedirme de ellos esta mañana. Una acaba sintiéndose tan unida a este tipo de cosas... ¿Hay algún arroyo cerca de Tejas Verdes? Olvidé preguntárselo a la señora Spencer.

—Bueno, sí, hay uno justo al lado de la casa.

—¡Qué bien! Siempre he soñado con vivir cerca de un

arroyo. Aunque los sueños no se convierten en realidad muy a menudo, ¿no es cierto? ¿No sería hermoso que así fuera? Ahora me siento casi feliz del todo. No puedo sentirme feliz del todo porque... bueno, ¿de qué color diría usted que es esto?

Pasó una de las brillantes trenzas por encima de su pequeño hombro y la sostuvo frente a los ojos de Matthew. Este no estaba acostumbrado a decidir sobre el color de los cabellos femeninos, aunque sobre aquellos no cabían muchas dudas.

—Yo diría que es rojo —respondió.

La muchacha dejó caer la trenza con un suspiro que pareció nacer de lo más profundo de su alma y que expresaba toda la tristeza del mundo.

—Sí, es rojo —dijo resignadamente—. Tengo el pelo de color rojo. Y esa es la razón por la que no puedo sentirme feliz del todo. Las otras cosas, como las pecas, los ojos verdes o ser muy delgada, me importan menos. Soy capaz de imaginar que no soy así. Soy capaz de imaginar que tengo la piel como pétalos de rosa y unos hermosos ojos de color violeta. Pero este pelo rojo..., no puedo imaginarme sin él. Aunque me esfuerce. Me he dicho muchas veces: «Tengo el pelo negro, negro azabache, tan negro como el ala del cuervo». Pero el color rojo no desaparece y eso me parte el corazón. Supongo que esta tristeza me acompañará toda la vida. Una vez leí la historia de una chica que sufrió durante toda su vida una tristeza muy profunda, pero ella no era pelirroja. Tenía los cabellos de oro puro y caían por su tez de alabastro. ¿Qué es una tez de alabastro? Nunca he podido averiguarlo. ¿Puede decírmelo?

—Bueno, me temo que no —dijo Matthew, que se estaba mareando un poco. Se sentía igual que cuando, en un día de merienda en su temeraria juventud, otro muchacho lo había convencido para subir al tiovivo.



—Bueno, no importa. Fuera lo que fuese, debe de ser algo muy bonito, pues ella era divinamente hermosa. ¿Ha pensado alguna vez lo que se debe sentir siendo divinamente hermosa?

—Bueno, pues no, no lo he hecho —confesó ingenuamente Matthew.

—Yo sí, y bastante a menudo. Si le dejaran elegir, ¿qué preferiría tener: una hermosura divina, una inteligencia deslumbrante o una bondad angelical?

—Pues... no sé qué decirte.

—Yo tampoco. Jamás llego a decidirme. Aunque no tiene mucha importancia, pues no hay posibilidad de que llegue a ser alguna de esas cosas. Jamás tendré una bondad angelical. La señora Spencer dice que... ¡Oh, señor Cuthbert, señor Cuthbert! ¡Oh, señor Cuthbert!

Aquello no era lo que había dicho la señora Spencer. Tampoco era que la chiquilla se hubiese caído del coche, ni que Matthew hubiera hecho algo sorprendente. Simplemente habían doblado una curva y se habían adentrado en la Avenida.

Lo que la gente de Newbridge conocía como la Avenida era un trozo de camino de unos cuatrocientos o quinientos metros completamente cubiertos por las copas de unos altos manzanos, plantados años atrás por un viejo granjero excéntrico. De ellos colgaba un largo dosel de capullos blancos y fragantes. Bajo las copas se reflejaba la luz violeta del atardecer y, a lo lejos, el cielo crepuscular brillaba con todos sus colores, enmarcado como si fuera la vidriera de una catedral.

Aquella belleza hizo enmudecer a la niña. Se repantigó en el carruaje, apretando las delgadas manos y con la cara embelesada ante el esplendor celeste. Ni siquiera se movió o habló una vez que la hubieron dejado atrás y empezaron a bajar la larga cuesta que conducía a Newbridge. Siguió mirando hacia la lejanía, hacia el crepúsculo, con cara extasiada y ojos

que fantaseaban con aquel cielo brillante como escenario de fondo. En silencio atravesaron la ruidosa aldea de Newbridge, donde los perros les ladraron, los muchachos los miraron y caras curiosas los contemplaron desde las ventanas. Tras haber recorrido unos cinco kilómetros, la niña seguía sin hablar. Era evidente que podía quedarse callada con el mismo tesón que demostraba cuando hablaba.

—Supongo que debes de estar algo cansada y hambrienta —se aventuró a decir por fin Matthew, achacando el largo silencio a la única razón que se le ocurría—. Pero ya falta poco. Un kilómetro más.

Ella salió de su ensueño con un profundo suspiro y lo miró con los ojos adormilados de un alma que ha vagado por la lejanía, guiada por una estrella.

—Oiga, señor Cuthbert —murmuró—, ese lugar por el que hemos pasado, ese lugar blanco, ¿qué era?

—Bueno, supongo que te refieres a la Avenida —dijo Matthew después de reflexionar un momento—. Es uno de los lugares más bonitos de por aquí.

—¿Bonito? No creo que bonito sea la palabra más adecuada. Ni tampoco hermoso. No le hacen justicia. Yo diría maravilloso. ¡Oh, era maravilloso, maravilloso! Es la primera vez que veo una cosa que no puedo mejorar con la imaginación. Y me ha hecho sentir algo especial aquí. —dijo, poniendo la mano sobre el pecho—. Como dolor y placer al mismo tiempo. ¿Ha tenido usted alguna vez una sensación así, señor Cuthbert?

—Bueno, que yo recuerde, no.

—A mí me pasa muchas veces, cada vez que veo algo bello de verdad. Pero ¿por qué llaman a ese hermoso paraje la Avenida? Un nombre así no dice nada. Deberían llamarlo... Sí, ya sé... El Sendero Blanco de las Delicias. ¿No le parece que es un nombre imaginativo? Cuando no me gusta el nombre

de un lugar o de una persona, suelo imaginarme uno distinto y después lo utilizo como si no tuviesen ninguno más. En el asilo había una niña cuyo nombre era Hepzibah Jenkins, pero yo siempre me la imaginaba como Rosalía De Vere. Otros pueden decir que ese lugar se llama la Avenida, pero yo siempre lo llamaré el Sendero Blanco de las Delicias. Oiga, ¿es verdad que todavía nos queda un kilómetro para llegar a casa? Me alegro mucho, aunque también estoy triste, porque este paseo en coche ha sido muy agradable. Cuando se acaba una cosa que me gusta, siempre me pongo triste. Ya sé que cuando algo acaba, siempre suele haber algo aún más agradable esperando a la vuelta de la esquina, aunque raras veces me ha pasado. Pero estoy contenta de pensar que nos acercamos a casa. Verá, desde que tengo memoria no he tenido un verdadero hogar. Solamente de pensar que voy a tener un verdadero hogar, vuelvo a sentir esa mezcla de dolor y placer en el pecho. ¡Vaya, qué preciosidad!

Habían llegado a la cima de una colina desde la que se veía una laguna que parecía casi un río, de lo grande e irregular que era. Un puente la partía en dos y desde allí hasta su extremo inferior, donde el cinturón ambarino de las arenas la separaba del lejano y oscuro golfo, el agua era una sinfonía de tonos gloriosos: azafrán, rosas y verde etéreo, mezclados con otros tan irreales que ni siquiera existe nombre para describirlos. Más allá del puente, la laguna llegaba hasta una arboleda de abetos y arces, que reflejaba en aquellas aguas sus sombras cambiantes; un ciruelo silvestre sobresalía en el margen, como si fuera una niña de puntillas contemplando su propia imagen. De la espesura en el extremo de la laguna llegaba con claridad el triste y dulce coro de las ranas. En una cuesta lejana se divisaba una casita gris que asomaba entre los manzanos y aunque aún no era noche cerrada, una luz brillaba en una de sus ventanas.

—Eso es la Laguna de Barry —dijo Matthew.

—Oh, tampoco me gusta ese nombre. La llamaré..., déjeme pensar..., el Estanque de las Aguas Luminosas. Sí, ese es el nombre correcto. Lo sé por el escalofrío. Cuando doy con un nombre que se ajusta perfectamente, siento un escalofrío. ¿No le pasa a usted, señor Cuthbert?

Matthew rumió:

—Bueno, sí. Siempre me dan escalofríos cuando veo las orugas blancas en los pepinos. Odio verlas.

—Oh, creo que no es la misma clase de escalofrío. No parece haber mucha relación entre orugas y agua brillante, ¿no? Pero ¿por qué la llaman la Laguna de Barry?

—Supongo que porque el señor Barry vive en esa casa. La Ladera del Huerto es el nombre de la finca. Si no estuviera aquel matorral, se podría ver Tejas Verdes desde aquí. Pero todavía tenemos que cruzar el puente y dar una vuelta por el camino, de manera que nos quedan unos seiscientos metros más allá.

—¿Tiene hijas pequeñas el señor Barry? Bueno, no demasiado pequeñas, sino más bien de mi edad.

—Tiene una de once años más o menos. Su nombre es Diana.

—¡Oh! —exclamó la niña tomando aire—. ¡Es un nombre muy hermoso!

—Bueno, no sé qué decirte. A mí me suena a algo pagano. Me habría gustado más Mary o June o algún nombre por el estilo, más sensato. Pero cuando ella nació, le dieron a escoger el nombre al maestro y eligió Diana.

—Me hubiera gustado haber tenido un maestro así cerca cuando yo nací. Oh, ya hemos llegado al puente. Voy a cerrar los ojos porque me dan miedo los puentes. No puedo evitar pensar que, justo cuando llegue a la mitad, quizá le dé por cerrarse como una navaja y me engulla. Así que voy a cerrarlos.

Pero tendré que abrirlos cuando crea que estamos llegando al medio. Porque, verá usted, si por casualidad el puente se doblara, me gustaría verlo. ¡Qué ruido de cascos tan alegre! Siempre me ha gustado el ruido de cascos. ¿No es maravilloso que haya tantas cosas que te gusten en este mundo? Bueno, ya lo hemos cruzado. Ahora miraré hacia atrás. Buenas noches, querido Estanque de las Aguas Luminosas. Siempre le digo buenas noches a las cosas que quiero, como si fueran personas. Creo que les gusta. Me parece que el agua me sonríe.

Una vez que alcanzaron la siguiente colina y doblaron un recodo, Matthew dijo:

—Ya casi estamos. Tejas Verdes está...

—Oh, no me lo diga —interrumpió la niña, tomando su brazo parcialmente alzado y cerrando los ojos para evitar ver hacia dónde señalaba—. Déjeme adivinarlo. Ya verá cómo lo acierto.

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaban en la cima de una colina. El sol se había puesto hacía rato, pero el paisaje seguía iluminado por un suave resplandor. Al oeste, la aguja de una iglesia se elevaba contra un cielo color caléndula. Abajo estaba el valle, y más allá, una larga y suave cuesta ascendente, en la que se veían algunas granjas. Los ojos de la niña saltaban de una a otra, ansiosos y pensativos. Por último, se posaron en una, a la izquierda, la más lejana, apenas visible entre las flores blancas de los árboles que la rodeaban. Sobre ella, en el immaculado cielo del sudoeste, una gran estrella cristalina brillaba como una lámpara de guía y promesas.

—Es esa, ¿a que sí? —dijo, señalándola.

Matthew dio alegremente con las riendas en la grupa de la yegua.

—¡Vaya, lo has adivinado! Pero supongo que lo has sabido porque la señora Spencer te la describió.

—No, le aseguro que no. Por lo que ella me contó, po-

dría ser cualquiera de las otras casas. Sabía muy poca cosa de su aspecto verdadero. Pero tan pronto como la vi, sentí que era mi hogar. Oh, me parece que estoy soñando, ¿sabe? Debo tener el brazo amoratado desde el codo hasta el hombro de todas las veces que me he pellizcado hoy. Cada vez que pensaba que era un sueño, me daba un pellizco... Hasta que de pronto he recordado que, aun suponiendo que fuera un sueño, era mejor seguir soñando; y a partir de ese momento ya no me he pellizcado más. Y ahora es verdad, y estamos a punto de llegar a casa.

La niña calló con un suspiro. Matthew se revolvió incómodo. Se alegraba de que fuera Marilla y no él quien le dijera a aquella niña abandonada que el hogar que ansiaba no sería el suyo. Pasaron por la hondonada de los Lynde, donde estaba ya bastante oscuro, pero no lo suficiente como para que la señora Rachel no los viera desde su ventana, y subieron la colina hasta el largo sendero que conducía a Tejas Verdes. Al llegar a la casa, Matthew empezó a temblar ante la revelación que se aproximaba. No pensaba en Marilla ni en sí mismo, ni en las molestias que causaría aquel error, sino en la desilusión de la niña. Cuando entendió que aquella luz embelesada se borraría de sus ojos, tuvo la incómoda sensación de estar a punto de asistir a un asesinato, un sentimiento parecido al que le sobrevinía cuando debía matar un carnero, un ternero o cualquier otra inocente criatura.

Cuando entraron, el jardín estaba bastante oscuro y las hojas de los árboles se arremolinaban produciendo un sonido sedoso.

—Escuche cómo los árboles hablan en sueños —murmuró la niña mientras él la ayudaba a bajar—. ¡Qué sueños más hermosos deben tener!

Entonces, sujetando fuertemente la maleta que contenía «todos sus bienes terrenales», lo siguió al interior de la casa.

## Capítulo 3

# Marilla Cuthbert se lleva una sorpresa

**M**arilla fue rápidamente hacia ellos nada más Matthew abrió la puerta. Pero cuando sus ojos tropezaron con la desaliñada figurita de largas trenzas rojizas y anhelantes ojos luminosos, se paró en seco.

—Matthew, ¿quién es esa que viene contigo? —exclamó—. ¿Dónde está el chico?

—En la estación no había ningún chico —dijo Matthew apenado, señalando a la niña con la cabeza y cayendo en la cuenta de que ni siquiera le había preguntado su nombre—. Solo estaba ella.

—¡No es un muchacho! Tenía que venir un muchacho —insistió Marilla—. Creo que le dejé bien claro a la señora Spencer que queríamos un chico.

—Bueno, pues no ha sido así. La ha traído a ella. Le he preguntado al jefe de estación. Y he tenido que traérmela a casa. No podía quedarse allí, fuera cual fuera la equivocación.

—¡Vaya, pues sí que la hemos hecho buena! —exclamó Marilla.

Durante aquella conversación, la niña había permanecido

en silencio, paseando los ojos del uno al otro y esfumándose todo el entusiasmo que llevaba escrito en el rostro. De repente, pareció captar el significado de lo que se había dicho. Dejó su preciada maleta en el suelo, dio un paso hacia delante y juntó sus manos.

—¿No me quieren? —gritó—. ¡No me quieren porque no soy un chico! Debí haberlo esperado... Nadie me ha querido nunca. Debí haber imaginado que era demasiado hermoso para ser verdad. Debí haber comprendido que nadie me quiere en realidad. Oh, ¿qué puedo hacer? ¡Voy a echarme a llorar!

Y así lo hizo. Se sentó en una silla junto a la mesa, apoyó los brazos y, escondiendo la cara entre ellos, comenzó a llorar desconsoladamente. Marilla y Matthew se dirigieron sendas miradas de reproche. Ninguno de los dos sabía qué hacer o decir. Finalmente, Marilla se decidió a actuar.

—Vamos, vamos, no hay razón para llorar así.

—¡Sí que la hay! —La niña levantó rápidamente la cabeza, dejando ver su rostro lleno de lágrimas y sus labios temblorosos—. Si usted fuera una huérfana y hubiera venido a un sitio que creía que iba a ser su hogar para encontrarse con que no la quieren porque no es un chico, usted también lloraría. ¡Oh, es la cosa más trágica que me ha ocurrido en la vida!

El hosco semblante de Marilla se suavizó en lo que parecía una sonrisa algo torpe por falta de práctica.

—Bueno, deja ya de llorar. Puedes quedarte aquí esta noche. A ver, ¿cómo te llamas?

La niña vaciló un momento.

—¿Puede llamarme Cordelia, por favor? —dijo ansiosamente.

—¿Llamarte Cordelia? ¿Es ese tu nombre?

—No, ese no es mi nombre, pero me encantaría que me llamaran así. Es un nombre tan elegante...



—No entiendo nada de lo que estás diciendo. Si Cordelia no es tu nombre, ¿cómo te llamas entonces?

—Ana Shirley —balbuceó de mala gana—, pero, si es tan amable, llámeme Cordelia, por favor. ¿Qué puede a usted importarle cómo me llame si voy a estar aquí poco tiempo? Y Ana es un nombre tan poco romántico...

—¡Menuda tontería! —dijo la poco comprensiva Mari-lla—. Ana es un buen nombre, sencillo y sensato. No tienes por qué avergonzarte de él.

—Oh, no me avergüenzo —explicó Ana—, solo que me gusta más Cordelia. Siempre he imaginado que mi nombre era Cordelia..., al menos durante los últimos años. Aunque de pequeña, imaginaba que me llamaba Geraldine, pero ahora me gusta más Cordelia. De cualquier modo, si no puedo evitar que usted me llame así, llámeme Ana con una sola ene.

—¿Qué importancia puede tener que te llame Ana con una sola ene o con dos?

—Oh, sí tiene importancia. Ana con una ene es bonito, pero con dos, no. Si escucha a alguien pronunciar su nombre, ¿no lo ve escrito en su mente? Yo sí lo veo, y Anna me suena horrible, pero Ana me parece mucho más distinguido. Si accediera a llamarme Ana, así, escrito con una ene, me ayudaría a superar el hecho de que no me llame Cordelia.

—Bien, de acuerdo. Entonces, Ana con una ene, ¿puedes explicar cómo se ha producido esta confusión? Nosotros le pedimos a la señora Spencer que nos trajera un chico. ¿No había niños en el orfanato?

—Oh, sí que había, muchísimos. Pero la señora Spencer dijo claramente que ustedes querían una niña de unos once años. Y la directora pensó en mí. No pueden imaginarse la alegría que sentí. No pude pegar ojo en toda la noche. Oh —añadió con reproche volviéndose hacia Matthew—, ¿por qué no me dijo en la estación que no me querían, y me dejó

allí mismo? Si no hubiese visto el Sendero Blanco de las Delicias y el Estanque de las Aguas Luminosas, no me resultaría tan triste.

—¿De qué está hablando? —preguntó Marilla a Matthew.

—Se... se refiere a una conversación que mantuvimos durante el camino —respondió Matthew precipitadamente—. Bueno, salgo a guardar la yegua, Marilla. Prepárame un té para cuando regrese, por favor.

—En el tren, ¿llevaba la señora Spencer a alguien más, aparte de ti? —continuó Marilla una vez que Matthew hubo salido.

—No, solo a Lily Jones, pero se la llevaba a su casa. Lily tiene solo cinco años, el pelo castaño y es muy guapa. Si yo fuera tan guapa y tuviera el pelo castaño, ¿dejaría que me quedase?

—No, queremos un muchacho para que ayude a Matthew en la granja. Una niña no nos sirve de nada. Quítate el sombrero. Lo pondré junto con la maleta sobre la mesa del vestíbulo.

Ana se quitó el sombrero con discreción. Al cabo de un momento regresó Matthew y se sentaron a cenar. Pero Ana no podía comer y se dedicó a mordisquear sin ganas el pan untado con mantequilla y a picotear las manzanas agrias en almíbar.

—¿Por qué no comes? —preguntó Marilla toscamente, mirándola como si eso fuera una falta grave.

Ana suspiró.

—No puedo. Me encuentro sumida en la desesperación más profunda. ¿Puede usted comer cuando se encuentra sumida en la desesperación más profunda?

—No sabría decirte. No he estado sumida en ninguna desesperación —respondió Marilla.

—Ah, ¿no? ¿Y ha tratado alguna vez de imaginárselo?

—No, nunca.

—Oh, entonces no creo que pueda comprender cómo es. Se trata de una sensación de lo más desagradable. Cuando uno trata de comer, se forma un nudo en la garganta y no se puede tragar nada, ni siquiera un caramelo de chocolate. Una vez, hace dos años, comí un caramelo de chocolate, y me pareció delicioso. Desde entonces sueño muy a menudo que tengo delante montones de caramelos de chocolate, pero al ir a comérmelos, me despierto. Espero que no se ofenda porque no haya probado bocado. Todo está muy rico, pero no puedo comer.

—Supongo que está cansada —dijo Matthew, que no había pronunciado palabra alguna desde que había regresado del establo—. Será mejor que la acuestes, Marilla.

Marilla había estado pensando dónde dormiría Ana. Tenía preparado un canapé en la cocina destinado a aquel muchacho que tanto deseaban y esperaban. Pero, aunque estaba limpio y pulcro, no parecía el lugar más apropiado para una niña. No se podía pensar en el cuarto de huéspedes; al fin y al cabo, era una niña desamparada. De manera que solo quedaba la buhardilla del ala este. Marilla encendió una vela e indicó a Ana que la siguiera, lo que esta hizo sin entusiasmo alguno. Al pasar junto a la mesa del vestíbulo, recogió su sombrero y su maleta. El vestíbulo hacía gala de una limpieza aterradora, y el pequeño cuarto en el que se encontró de repente Ana le pareció todavía más limpio.

Marilla colocó la vela sobre una mesa triangular de tres patas y apartó la ropa de cama.

—¿Tienes un camisón? —preguntó.

Ana asintió.

—Sí, tengo dos. Me los hizo la directora del orfanato. Son terriblemente pequeños. En el orfanato nunca alcanza para nada. Todo es escaso, por lo menos en un orfanato pobre como el nuestro. Odio los camisones pequeños. Pero con

ellos se sueña igual de bien que con esos otros maravillosos que tienen puntilla alrededor del cuello y llegan hasta los pies; al menos, eso sirve de consuelo, ¿no cree?

—Bueno, desvístete lo más rápidamente posible y métete en la cama. Dentro de unos minutos regresaré a buscar la vela. No me fío de que la apagues tú sola. Serías capaz de prender fuego a la casa.

Una vez que Marilla se hubo retirado, Ana miró pensativamente a su alrededor. Las paredes blanqueadas resultaban tan penosamente desnudas y llamativas que Ana pensó que debían sufrir por su propia desnudez. El suelo también se encontraba desnudo, excepto en el centro, donde había un felpudo redondo acordonado de una forma que Ana no había visto nunca. En un rincón estaba la cama, alta y antigua, con cuatro oscuros postes torneados. En el otro ángulo había una mesa triangular adornada con un grueso alfiletero de terciopelo rojo, lo suficientemente grueso como para doblar la punta del más arriesgado alfiler. Sobre esta colgaba un pequeño espejo. A mitad de camino entre la cama y la mesa se hallaba la ventana, cubierta con una cortina de muselina blanca, y frente a ella, el lavabo. Toda la habitación era de una austeridad imposible de describir con palabras, pero que hacía estremecer a Ana hasta lo más profundo de su ser. Sollozando, se despojó apresuradamente de sus vestidos, se puso aquel camisón que le iba pequeño y se metió en la cama, donde apretó la cara contra la almohada y se cubrió la cabeza con las sábanas. Cuando Marilla regresó en busca de la luz, solo unas diminutas prendas de ropa desparramadas por el suelo y un bulto en la cama indicaban que había alguien en el cuarto.

Recogió las ropas de Ana pausadamente, las colocó con cuidado sobre una silla amarilla, y luego, cogiendo la vela, se volvió hacia el lecho.

—Buenas noches —dijo con cierta torpeza, aunque no sin dulzura.

El rostro pálido de Ana y sus grandes ojos aparecieron entre las sábanas con alarmante rapidez.

—¿Qué tienen de buenas? Va a ser la peor noche que pasaré en toda mi vida —dijo con reproche y, a continuación, se ocultó de nuevo entre las sábanas.

Marilla bajó lentamente a la cocina y se puso a lavar los platos de la cena. Matthew fumaba, síntoma evidente de que estaba preocupado. Era extraño que fumara, pues Marilla lo consideraba un hábito pernicioso, pero en ciertas épocas y momentos sentía que lo necesitaba, y entonces Marilla hacía la vista gorda, comprendiendo que le urgía desahogarse.

—Bueno, esta sí que es buena —dijo airadamente—. Esto nos pasa por no hacer las cosas nosotros mismos. No entendieron el mensaje que mandamos. Uno de nosotros tendrá que ir a ver a la señora Spencer mañana. Hay que enviar a esa niña de vuelta al orfanato.

—Sí, supongo que sí —respondió Matthew de mala gana.

—¿Cómo que supones que sí? Pero ¿acaso lo dudas?

—Bueno..., Marilla, ¿no te parece una niñita maravillosa? Es una pena tener que mandarla de vuelta al orfanato cuando le hace tanta ilusión quedarse aquí.

—Matthew Cuthbert, ¿acaso quieres decir con eso que tendríamos que quedarnos con ella?

Marilla no se habría asombrado tanto si Matthew hubiera dicho que iba a hacer el pino.

—Bueno, no. Supongo que no... no, exactamente —tartamudeó Matthew al verse acorralado—. Supongo que... que no podemos quedarnos con ella.

—Claro que no. ¿De qué nos serviría tenerla aquí?

—Marilla, igual deberíamos pensar de qué le serviremos nosotros —dijo Matthew repentina e inesperadamente.

—¡Matthew Cuthbert, me da la impresión de que esa chiquilla ha conseguido embrujarte! ¡Se ve a las claras que quieres quedarte con ella!

—Bueno, es una niña de lo más interesante —insistió Matthew—. Tenías que haberla oído hablar cuando volvíamos de la estación.

—Oh sí, ya he visto lo bien que habla. Me he fijado enseguida. Lo cual no dice nada a su favor. No me gustan nada las criaturas parlanchinas. No quiero una huérfana, y si la quisiera, esta no es el estilo que elegiría. Hay algo que no puedo entender en ella. No, hay que devolverla al lugar de donde vino sin más dilación.

—Puedo contratar a un muchacho francés para la granja, y ella podría hacerte compañía.

—No deseo compañía alguna —dijo Marilla tajantemente—. Y no voy a quedarme con ella.

—Bien, Marilla, entonces se hará como tú digas —dijo Matthew incorporándose y guardando su pipa—. Me voy a la cama.

Y Matthew se fue a dormir. Y cuando hubo terminado con los platos, a dormir se fue Marilla con el ceño resueltamente fruncido. Y arriba, bajo el tejado del este, una solitaria y desamparada criatura se durmió entre sollozos.